

EL PADRE CELESTE EN EL PADRE TERRENO

Leonardo Boff

La Familia divina del Cielo se personifica en la sagrada familia de la Tierra. Queremos ahora considerar específicamente la personificación del Padre en san José. Debe haber connaturalidades entre ambos, razones para que el Padre se autocomunique totalmente al padre José y solamente a él.

La iniciativa de asumir la persona de José es del Padre en su inefable bondad y simpatía. Si así es, necesitamos, entonces, en primer lugar, tratar de entender mejor qué es el Padre. El camino más seguro es que busquemos lo que el Hijo encarnado nos comunicó acerca de su Padre eterno. Él nos reveló el ser del Padre, su hacer y su modo de relacionarse. Veamos cada uno de esos pasos.

1.- El ser, el Hacer y el relacionarse del Padre

Los testimonios del Segundo Testamento son claros: *"Dios habita en una luz inaccesible que nadie ha visto ni puede ver"* (1 Tim 6, 16). *O: "A Dios nadie lo ha visto. El Hijo unigénito que está en el seno del Padre nos lo ha dado a conocer"* (Jn 1, 18; 6,46; 1 Jn 4, 12). Jesús mismo dijo claramente: *"Ninguno conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo quiera revelarlo"* (Mt 11,27). El Padre es invisible y misterio abismal, un principio sin principio. Ante él sólo cabe el silencio, pues toda palabra es charlatanería. Pausa podemos hablar del silencio del Padre. Su Palabra es el Hijo.

Pero ese misterio de silencio abismal no es aterrador, sino fascinante, pues es un abismo de amor, de ternura y de acogida. Es lo que revela Jesús al llamar al Padre con la palabra de infinita intimidad y ternura: *Abbá, mí querido papito*.

Este modo de hablar muestra el íntimo amor del Hijo al Padre, hasta el punto de que Jesús pueda decir con el lenguaje de los amantes: *"Yo y el Padre somos una cosa"* (Jn 10,30); o también: *"Todo lo que es mío es tuyo y todo lo que es tuyo es también mío"* Gn 17, 10). Consecuentemente, *¡quien me vea mí, ve al Padre!"* (Jn 14, 9). Por lo tanto, por medio del Hijo el ser del Padre se nos hace visible y accesible Gn 1, 18; 14, 9). De lo contrario, el Padre permanecería en silencio eterno. Si éste es el ser del Padre, por su hacer se nos revela más lo que es. El silencio es operativo; es el silencio de quien trabaja y crea. El hacer del Padre es el modelo del hacer de Jesús: *"El Hijo nada puede hacer por sí mismo; sólo hace lo que ve hacer al Padre"* (Jn 5, 19). El hacer es obra de las manos y no de la boca.

El hacer del Padre es en favor de sus hijos e hijas, a los que muestra su amor misericordioso, la acogida incondicional del hijo pródigo y la predilección por los pobres y marginados. Si Jesús dice *"felices ustedes los pobres, porque de ustedes es el Reino"* (Lc 6, 20), no es por un sentido meramente humanitario, sino en virtud de la opción del Padre por ellos: *"El Padre resucita a los muertos y les da vida, así también el Hijo da la vida a quien quiera"* (Jn 5, 21). Jesús no predica ninguna doctrina sobre el Padre, hace lo mismo que hace el Padre. Por eso cura, relativiza los preceptos de la ley, pasa por encima del sacrosanto día sábado, anda con malas compañías para mostrar la misericordia del Padre, perdona los pecados y resucita a los muertos. Y concluye diciendo: *"Mi Padre trabaja hasta hoy y yo también trabajo"* (Jn 5, 17).

El trabajo del Padre es sutil, sólo es perceptible para quien tiene los ojos de la fe. Con ellos ve cómo cuida los lirios del campo, las aves del cielo, el cabello de nuestra cabeza y tiene en cuenta las simples necesidades humanas de comer y vestir (cf. Mt 6,26-32).

La gran obra del Padre que Jesús asumió como misión suya es instaurar definitivamente el Reino. El Reino de Dios-Padre, que no es el reino convencional de los poderosos que se imponen por la dominación. El Reino de Dios es un modo nuevo de ser de las cosas y un nuevo estado de conciencia de las personas. El Reino que está en nuestro medio (cf. Lc 17,21) es aquella situación de las cosas y de las personas en la que prevalecen la bondad, el amor, la compasión y el derecho del pobre; cuando la creación entera comienza a ser liberada, las enfermedades curadas, los pecados perdonados y la muerte vencida. Ese Reino comienza en la medida en que las personas se comprometen con esta buena nueva propuesta por el Evangelio. El Reino está en curso, siempre abierto hacia adelante, en la forma de una esperanza, objeto de permanente súplica: *"Venga nosotros tu Reino"* (Lc 11, 2; Mt 6, 10).

Por fin, al Padre se atribuye la creación del cielo y de la tierra, como decimos en el credo cristiano. Sabemos que, por la comunión trinitaria, todas las Personas divinas participan en la creación. Pero pertenece al concepto de Padre el "generar" y crear, aunque lo haga siempre con el Hijo y con la fuerza del Espíritu. Como Padre crea y como Madre cuida. Por eso el Padre es maternal y la Madre es paternal. Todo en él está envuelto en amor, simetría, orden, creatividad, como se lee en la lógica del universo y de la vida. El mismo caos existente no es caótico, sino generativo de nuevos órdenes y complejidades.

Sobre su Hijo Jesús, el Padre dejó oír la voz: *"Éste es mi Hijo muy amado en quien he puesto todo mi cariño"* (Mt 3, 17), mensaje que, según creencia de los cristianos, se dice sobre cada hijo e hija que viene a este mundo. Este amor se dirige a todos, poco importa su situación moral, pues, cual Madre bondadosa, acoge y perdona al hijo pródigo (cf. Lc 15, 11-32), envía el sol y la lluvia a justos y pecadores y sigue amando a los ingratos y a los malos (cf. Lc 6,36). En la ternura de Jesús con todos, brilla el amor ilimitado del Padre: *"Todo aquel que el Padre me confía vendrá a mí, y yo nunca rechazaré al que venga a mí"* (Jn 6,37). Jesús, imitando al Padre, acoge a todos: a los fariseos que traman contra él y lo invitan a comer; a un teólogo avergonzado, Nicodemo; a los niños; a la mujer samaritana; y a los leprosos que le gritaban de lejos: *"Señor, cúranos"*.

2.- El Padre es Padre del Hijo antes de ser Creador

El Padre es Padre porque tiene junto a él al Hijo y al Espíritu Santo. Tanto el Nuevo Testamento como el discurso oficial de los concilios ecuménicos y de las Iglesias afirman que el Padre "genera" eternamente al Hijo y "espira" junto con el Hijo o a través del Hijo al Espíritu Santo. Así es Padre antes de ser el Creador. Creando, se hace Padre de todos los seres. Pero, aunque no hubiese creado nada, el Padre sería el Padre porque eternamente "genera" al Hijo y "espira" al Espíritu Santo.

Las expresiones *generar* y *espirar* se deben entender bien en su sentido analógico y no físico. De lo contrario nos pueden inducir a una comprensión errónea de la Santísima Trinidad. El *generar* parece suponer que el Padre viene antes, que él sea causa del Hijo, como nuestro padre viene antes y genera un hijo/hija. Si así fuese; habría entonces una especie de teogonía en Dios, es decir, un proceso por el cual las Personas se derivarían unas de las otras, existirían y llegarían a la luz.

En la reflexión trinitaria no puede ser así. Aquí todo es eterno y simultáneo. Nadie es antes o después, no hay jerarquías. Las divinas Personas emergen juntas y simultáneamente, siempre

interrelacionadas entre sí. Enseñaba el Concilio de Toledo (675): "Sin principio y antes de los siglos, el Hijo es nacido de la substancia del Padre"³. Lo mismo vale para el Espíritu Santo, como enfatizó el Concilio de Letrán (1215): "Él es sin principio, siempre y sin fin, siendo consubstancial, co-omnipotente y co-eterno".

Debido a la ambigüedad de las palabras, muchos teólogos, en lugar de "generación" y "espiración" prefieren hablar de "revelación": el Padre revela al Hijo y el Hijo revela al Padre; ambos, al autodonarse, revelan el Espíritu Santos.

Por otro lado, debemos admitir que las expresiones *generación* y *espiración* son altamente sugerentes. Poseen una lógica relacional interna, pues decir Padre, Hijo y Espíritu Santo (Soplo) es significar la diferencia y, al mismo tiempo, la interrelación. El Padre será siempre el Padre del Hijo, el Hijo será eternamente Hijo del Padre, con la misma naturaleza del Padre y en comunión infinita con él. El Espíritu (el Soplo) será siempre y desde siempre don del Padre y del Hijo. La Palabra (Hijo), que el Padre dice, va siempre acompañada por el Soplo (Espíritu).

Este círculo de comunión y de amor no se cierra sobre sí mismo. Se abre a la comunión con el Universo, como expresión de superabundancia de vida y de amor de la Trinidad. Las divinas Personas salen de sí mismas y se autodonan y se personifican en las personas humanas de José, de María y de Jesús.

3.- José, padre terreno y connatural al Padre celeste

En José de Nazaret, en el artesano carpintero, en el esposo y en el padre de Jesús, el Padre encontró la persona connatural a Él. Y decidió personificarse en él.

El Padre es invisible. José es igualmente invisible, según los textos del Segundo Testamento. Es invisible a lo largo de los siglos de existencia cristiana. Sólo lentamente se han levantado los velos que rodeaban su misterio. Pero sigue siendo invisible. Y así seguramente permanecerá, pues es connatural a su naturaleza y misión: personificar al Padre invisible. Escribe Joseph Ephraïm, conocido josefólogo:

"El Padre, misterio invisible en su persona, incomprensible en su ser y en su obra, escogió a José para que fuera su imagen en la Tierra; por eso san José es también invisible y escondido a nuestros espíritus".

El Padre es silencio abismal. José es el prototipo del silencio. No nos dejó ninguna palabra, sólo sueños. Su hablar no es por medio de palabras, sino por actitudes, gestos, compromisos de padre y de esposo. Da forma al silencio del Padre.

El Padre es el "artesano" del universo, como decían los Padres de la Iglesia latina y griega, pues él creó, junto con el Hijo y el Espíritu, todas las cosas del cielo y de la tierra. José es el artesano carpintero que trabajó en su taller junto con su hijo Jesús, en Nazaret y probablemente en la ciudad vecina de Séforis, cuando fue reconstruida al mando de los romanos. Trabajar es relacionarse positivamente con la creación, es transformarla para atender a las necesidades, es cuidada, pues somos sus guardianes y jardineros, como dice claramente el Génesis (cf. 2, 15). El Padre trabaja a través del trabajo de José. Como suele ocurrir, el trabajo representa el universo de los anónimos, el mundo de lo cotidiano en el que vive la gran mayoría de los humanos, mundo sin notoriedad, pero esencial para la producción y reproducción de la vida y lugar privilegiado de autorealización humana. El Padre personificado en José penetró en este mundo, así como su Hijo Jesús que, al encarnarse, asumió todas las posibilidades y limitaciones de la condición

humana. El Padre cuida de su creación y de cada hijo e hija, José, a su vez, cuidó a la sagrada familia en los diferentes momentos por los que pasó. Cuidó de que, con su trabajo, nada faltase a la esposa y al hijo.

La relación de intimidad de Jesús para con el Padre celestial, llamándolo *Abbá*, se deriva, como nos lo asegura la psicología religiosa, de la experiencia que vivió con José, su padre de la tierra. Curiosamente, las experiencias convergen y se identifican: el Padre celestial es encontrado en el padre terreno.

4. ¿Tenía san José conciencia de ser la personificación del Padre?

Para la validez de esta experiencia de identificación, no es imprescindible que Jesús la haya vivido conscientemente y percibido a José como la personificación del Padre. Basta que haya vivido radicalmente su relación con el Padre celestial y con su padre terreno.

Se trata sólo de un movimiento, como en el amor a Dios y en el amor al prójimo, que funda un único mandamiento, el mandamiento del amor (cf. Mt 22, 37-40). Una experiencia ayuda a suscitar la otra, de manera que Jesús se sentía en verdad Hijo del Padre y, al mismo tiempo, hijo de José.

En esta misma línea de pensamiento debemos entender la situación de san José como la personificación del Padre. No necesitaba haber vivido con plena conciencia ese hecho histórico-salvífico, incluso porque no nos dejó ni palabra ni texto alguno. Pero hay otros caminos que nos hacen entender los límites de la conciencia. Son los recorridos por la propia vida en su desarrollo normal.

Si advertimos bien, las principales cosas de nuestra vida no ocurren en el ámbito de la conciencia, sino en la profundidad del mismo acto de vivir. Éste echa raíces en la memoria ancestral, cósmica, biológica, humana y personal, cuya característica es ser, en gran parte, inconsciente, en una pequeña parte, subconsciente y en una pequeñísima parte, consciente.

Nuestra sangre corre por las venas, el corazón palpita, nuestro sistema digestivo funciona sin que eso pase por la conciencia. La base biológico-material de nuestro pensamiento reside en los miles de millones de neuronas y en los millones y millones de sinapsis y conexiones que se establecen entre ellas. y, sin embargo, pensamos y sentimos sin tener la mínima experiencia y conciencia de ese trabajo fantástico de nuestro cerebro. La Tierra gira sobre sí misma a gran velocidad y se desplaza a miles de kilómetros por segundo. y de eso no tenemos ninguna conciencia ni lo sentimos.

¿Qué sabemos de nuestra vida? Finalmente, ¿a quién estamos sirviendo? ¿En qué cuadro mayor estamos insertados como parte y parcela? Esas dimensiones, tan fundamentales en nuestra vida, escapan a la elaboración de nuestra conciencia. y, sin embargo, se están realizando en nosotros y por nosotros.

Por eso debemos relativizar la subjetividad, tan exacerbada en la moderna cultura occidental. Su ámbito de realización y actuación es muy limitado. Ya los sabios hindúes enseñaban: "La fuerza por la que el pensamiento piensa no es pensada". O en una formulación más moderna: "El ojo ve todo, pero no puede verse a sí mismo", pues "el ojo que ve el mundo es el mundo que el ojo ve".

Entonces, si es así, séanos permitido decir: la fuerza por la que José es la personificación del Padre, trasciende la conciencia? Lo importante está en que José haya sido plenamente padre, haya realizado conscientemente lo que toca al padre realizar, haya sido un padre que tenía una relación íntima con su Dios, entregándose a él confiada e incondicionalmente. Cuando san Mateo atestigua que era "*un hombre justo*") (Mt 1, 19), implícitamente afirma que realizaba ejemplarmente lo que debía y necesitaba realizar. Basta ese modo de ser para expresar la presencia del Padre en su vida de padre, esposo y trabajador.

Estamos sumergidos en Dios no sólo mediante la plena conciencia, sino en la totalidad de nuestro ser, inconsciente, subconsciente, consciente, en su dimensión cósmica, biológica, vegetal, animal, humana, racial, familiar y personal. Esas mismas dimensiones fueron asumidas por el Padre al personalizarse en la persona y en la vida concreta de José de Nazaret.